

www.elboomeran.com

FÉLIX OVEJERO LUCAS

LA TRAMA ESTÉRIL

Izquierda y nacionalismo

MONTESINOS

ENSAYO

© *Félix Ovejero Lucas*, 2011

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/ Montesinos

Diseño: M. R. Cabot

ISBN: 978-84-15216-25-4

Depósito Legal: B- 24.511-2011

Imprime Novagràfik

Impreso en España

SUMARIO

Prólogo	11
PRIMERA PARTE: TEORÍAS	19
I. Las naciones y sus límites	21
SEGUNDA PARTE: PROBLEMAS	105
II. La lengua en el centro de la nación	107
III. La igualdad, los ciudadanos y la lengua	139
IV. La economía moral del nacionalismo	155
V. La estrategia nacionalista	201
VI. La izquierda: La diferencia contra la igualdad	237
TERCERA PARTE: DEBATES	265
VII. Intervenciones	267
Para acabar: Una izquierda en un laberinto	367

*Para Aurelio y Ramón,
buenos amigos,
filósofos prácticos, en serio*

Una nación se hace lo mismo que cualquier otra cosa. Es cuestión de quince años y de un millón de pesetas. Con un millón de pesetas yo me comprometo a hacer rápidamente una nación en el mismo Getafe, a dos pasos de Madrid. Me voy allí y observo si hay más hombres rubios que hombres morenos o si hay más hombres morenos que hombres rubios, y si en la mayoría, rubia o morena, predominan los braquicéfalos sobre los dolicocefalos, o al contrario. Es indudable que algún tipo antropológico tendrá preponderancia en Getafe, y este tipo sería el fundamento de la futura nacionalidad. Luego recojo los modismos locales y constituyo un idioma. Al cabo de unos cuantos años, yo habría terminado mi tarea y me habría ganado una fortuna. Y si alguien osaba decirme entonces que Getafe no era una nación, yo le preguntaría qué es lo que él entendía por tal y, como no podría definirme el concepto de nación, le habría reducido al silencio.

JULIO CAMBA, *Maneras de ser español*, 1918.

PRÓLOGO

Los aficionados al cine saben qué es un McGuffin: un pretexto insignificante que, sin embargo, se convierte en el motor de una trama narrativa. Una tontería, irrelevante por sí misma, pero que lleva a las gentes de aquí para allá, les complica la vida y calienta la cabeza. El McGuffin es una aportación, una más, de Alfred Hitchcock. En uno de los mejores libros sobre cine, entre otras razones porque se puede leer con disfrute —una experiencia infrecuente en un género proclive a la hueca pretenciosidad—, Hitchcock se lo explicaba a otro director, François Truffaut, uno de los pocos entre los alegres muchachos de la *Nouvelle Vague* que supo hacerse mayor sin engolar la voz, Jean Rouch aparte: «La palabra procede del Music-hall. Van dos hombres en un tren y uno de ellos le dice al otro “¿Qué es ese paquete que hay en el maletero que tiene sobre su cabeza?” El otro contesta: “Ah, eso es un McGuffin”. El primero insiste: “¿Qué es un McGuffin?”, y su compañero de viaje le responde “Un McGuffin es un aparato para cazar leones en los Adirondacks”. “Pero si en los Adirondacks no hay leones”, le espeta el primer hombre. “Entonces eso de ahí no es un McGuffin”, le responde el otro.» Lo importante del McGuffin es no abrir el paquete. Mientras a nadie se le ocurra preguntar qué contiene, la gracia se mantiene. Cuando se abre el paquete, se acaba el suspense y el cuento se viene abajo.

El nacionalismo es el McGuffin de nuestra izquierda. La tiene entretenida y con el entendimiento sorbido, aunque, como cualquier McGuffin de ley, no vale nada. Algo que, me temo, incluso los que trafican con la mercancía empiezan a sospechar. Escuchen cualquier en-

revista reciente con algún político profesional, incluso con periodistas bien dispuestos, que nunca faltan. Cuando llega la hora de abordar el nacionalismo o sus arrabales, las preguntas, por citar ejemplos recientes, sobre la exigencia del nivel C de catalán para los profesores universitarios o sobre esa inaudita ley de “acogida” que supedita el acceso de los emigrantes al mercado de trabajo y a no pocos servicios sociales al conocimiento del catalán, una ley antigualitaria por los cuatro costados, el político, de pronto, adelgaza la voz y acelera el paso, trastabillando, como quien atraviesa un río saltando de piedra en piedra, sin fiarse de ninguna: que si la identidad, la cohesión, la diversidad, en un atropellado batiburrillo que maneja con la inseguridad y la falta de convicción del estudiante que no sabe de qué habla. En esos momentos su mayor temor es que alguien levante el brazo y le pida que se detenga a revisar lo que vale ese goteo de calderilla.

Las páginas que siguen quisieran abrir el paquete y tasar la mercancía. No es una tarea agradecida. Un amigo, que lo quiere a uno bien, enterado de que andaba preparando “otro libro sobre el nacionalismo”, reaccionó como reaccionan los amigos ante los malos rollos recurrentes de los amigos, como en la zamba de Eduardo Falú: ¡entonces, a qué volver! Se podría pensar que exageraba. Total, es mi segundo libro sobre el nacionalismo. He escrito o preparado tres sobre el socialismo y otros tantos sobre la democracia, sobre teoría de la ciencia, pero en ningún caso se le había ocurrido decirme algo parecido (quizá porque uno de ellos lo hicimos juntos). Pero sí: desde más de un punto de vista, le sobra sentido común a su perplejidad y preocupación. Hay pocos asuntos más fatigosos, en los que se atiende menos a datos y razones que los que tienen que ver con el nacionalismo. Quita bastante el ánimo ver como apenas una semana después de publicar uno un artículo en el que se muestran cuatro datos, al alcance de cualquiera, que invitan a dudar de las identidades nacionales, o se recuerda que ideas como “discriminación positiva” están maltraídas a cuenta de la lengua, en las mismas páginas del periódico, con la misma solemnidad de siempre,

la discriminación positiva y la identidad se vuelven a mercar como recién estrenadas. Disculpen los lectores la inmodestia de la comparación, pero es como si hoy, más de un siglo después de que el experimento de Michelson Morley nos mostrara que el éter no existía, alguien volviera a hablarnos del éter como quien descubre el Mediterráneo. En esos ratos, uno ve sometida a pruebas de santo su confianza en la especie humana, en su honestidad intelectual, y casi le entran ganas de devolver su billete al universo, como decía a cuenta de asuntos más serios aquel personaje de Dostoievsky.

Pero no es simple obstinación o ignorancia, no. La resistencia de los nacionalistas a atender a los argumentos responde, en nuestro caso, a una estrategia bien meditada. Se confía en que, mientras la vida pasa, una vez puesta en circulación la mercancía, la política nacionalista consiga cambiar el paisaje y se imponga, si no a las realidades demográficas y sociales, al más elemental sentido común por simple fatiga de materiales y aburrimiento. A sabiendas, además, de que a fuerza de repetir una y otra vez la palabrería, de lanzar emisiones sin tregua de la moneda, no habrá quien se atreva a dudar de su calidad, sea porque la ha adquirido en grandes cantidades y ya no está a tiempo de deshacer patrimonio o biografía, sea porque hasta los más templados y/o los más desconfiados, a la vista de que aquello circula sin que nadie se pare a ver si pesa lo que dicen que pesa, acaban por dudar de lo que perciben, algo que, más temprano que tarde, acaba por suceder, como han confirmado mil experimentos desde aquellos de Ash en 1955 que muestran cómo damos por buenas las opiniones de los otros cuando los otros son bastantes, incluso contra la evidencia de los propios sentidos, que nos dicen que el rey está en cueros.

Es entonces, mientras el feriante silba temeroso de que alguien pregunte por el McGuffin y se le venga abajo el truco, cuando hay que levantar la mano y, aunque se impacienten los que esperan en la fila, pedir que nos pesen otra vez la mercancía con una balanza de fiar. Y si vuelven con el cuento del éter, volver otras tantas a recordar el experimento de Michelson Morley. Porque el éter no existe y la mercancía

del nacionalismo es defectuosa. Ser un pesado, aunque se ponga ronca la voz, como en el poema de Brecht.

Una y otra vez habrá que repetir lo evidente. Entre otras razones porque es lo que parece pasar más desapercibido, incluso a los que tienen la obligación de estar atentos a lo que sucede. Nunca entenderé a refinados y hasta a veces honestos estudiosos de los sociedad o de la moral, que rigen limpio y claro, capaces de seccionar en morosas reflexiones un pelo en 17 partes, como el cardenal Castrillón Hoyos, que, sin embargo, piensan a bulto, cuando no adoptan una condescendiente comprensión ante los manifiestos desatinos del nacionalismo, que tantas consecuencias tienen sobre la vida de las gentes, cosa que rara vez sucede con casi todos los problemas que les entretienen en sus peliagudas investigaciones, como pueden ser la conveniencia de empujar a un gordito para desviar la trayectoria de un tranvía desbocado si con ello salvamos a unas cuantas personas, la posibilidad de entendimiento real entre gentes que habitan en planetas absolutamente idénticos pero en donde entienden por “agua” un líquido químicamente diferente, el “verdadero yo” de una persona que, en un error en una máquina de teletransportación como la del Star Trek, aparece a la vez en el lugar de procedencia y en destino, por citar algunos entre los más concurridos por respetables filósofos.

Sin duda, cuando se trata de afilar los conceptos hay sobrada justificación para jugar con esas cosas, sobre todo en disciplinas vocacionalmente abstractas, carentes de intención práctica. Es “el placer del pensamiento abstracto”, al que se refería Gil de Biedma, que a muchos nos emociona y que nos resistimos a abandonar, a pesar de que, como reconocía el poeta, constituya un “reino de juventud”. Pero otra cosa es que la especulación gratuita y en el vacío se practique en disciplinas que, como la ética o la filosofía política, no tienen otra justificación que ayudarnos a valorar y a mejorar el mundo y a nosotros. Vendría a ser como facturar engranajes sin propósito o, mejor, como un gastrónomo que detestara la comida o un sexólogo al que le repugnara el contacto con la carne humana.

Bueno, miento, a algunos de esos estudiosos creo que sí los entiendo, y cuando los entiendo, me dan miedo. Con otros me pasa lo que al citado Gil de Biedma con un comentarista de Jorge Guillén, que tengo la sensación de encontrarme con “uno de esos seres cultos, sensibles y elaboradamente tontos. Tienen presbicia intelectual: no ven jamás lo obvio, solo lo remoto y traído por los pelos. Carece de sentido común”. Sin sentido común y, dedicados a la filosofía moral, ¡ay Descartes!, qué razón tenías con aquello de que “no basta tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien”. En esos casos, uno comienza a sospechar que ya no se trata de que la sugestión del McGuffin les haya robado el espíritu. Pasamos a otra liga, la que llevó a alguien a comparar el nacionalismo con el alcohol barato: “primero te emborracha, luego te ciega y al final te mata”.

Las páginas que siguen recogen algunos de los intentos de tasar la mercancía nacionalista desde la idea de ciudadanía y sus entornos. El largo primer capítulo, preparado para esta edición, es una presentación de la idea de nación de nuestros nacionalistas, contrapuesta a la nación de ciudadanos, que también tiene sus problemas, como se encargó de destacar la izquierda, heredera más natural y consecuente del ideal de ciudadanía, del republicanismo político. Se verán esos problemas y, también, cómo en los últimos años una parte de esa izquierda, la española en primer lugar, ha comenzado un camino de vuelta que la ha llevado a recuperar, con otro celofán, la peor idea de nación, la reaccionaria, la que nace en contra de las revoluciones democráticas. El texto se acompaña de unas notas bastante pormenorizadas que, por una parte, intentan hacer justicia al debate académico y, por otra, muestran un particular sesgo hacia la experiencia de la Revolución Francesa que responde, además de al hecho circunstancial de su primera redacción en un extraño verano en París –con muchas lecturas sobre aquel cambio civilizatorio, uno de esos momentos en los que los seres humanos ven pasar la historia en directo–, a la convicción de que nunca acabaremos de aprender de aquella experiencia, como nos recordó Zhou

En Lai, en 1969, cuando, ante la pregunta sobre la influencia de la Revolución Francesa, contestó que “era muy temprano para sacar conclusiones”. Un sesgo que no se mitigó, antes al contrario, el verano siguiente, otra vez en París, invitado por l’Institut Français de Géopolitique, ya en medio de la revisión final.

En la segunda parte se incluyen reflexiones acerca de dos importantes estrategias nacionalistas: la lengua y el debilitamiento de la estructura del Estado. En el proyecto nacionalista, la política lingüística es un instrumento fundamental, el punto de partida que tiene como estación termino la exigencia de independencia, en un caminar argumental que “avanza” con tres pasos: la lengua es la base de la diferencia y de la identidad colectiva; la identidad colectiva es el cimiento de la nación; la nación es fuente de soberanía. El debilitamiento de la estructura del Estado es, simplemente, el objetivo estratégico de quienes asumen la idea de que “las naciones tienen un derecho a decidir” o, en su versión local, de que “Som una nació, nosaltres decidim”, como rezaba el lema de una manifestación en contra del Tribunal Constitucional encabezada por el presidente socialista de la Generalitat. El nacionalismo busca la secesión de la “nación” respecto al conjunto de la comunidad política y eso exige, se mire como se mire, acabar con el Estado del que se forma parte. Algo que está en el programa y cada vez más en las declaraciones de los diversos nacionalistas y que no se alivia con conjuros más o menos bienintencionados del tipo “las autonomías también son Estado”, que fuerzan el sentido de las palabras en aras de equilibrios imposibles, pues no hay posibilidad de coincidencia cuando se discute la soberanía: o recae en todos o en la parte, no hay más. Lo importante no es que exista algo llamado “Estado”. Hasta en Afganistán existe un “Estado”. Lo que importa es que exista un Estado que sirva para realizar un ideal de justicia que cuaja en leyes. Con desigual intensidad, con la vara de medir de la igualdad y de la idea de ciudadanía, esas cosas se tasarán, junto con la respuesta de la izquierda, en los capítulos que integran esa segunda parte.

En la parte final se recogen otros artículos, más breves, todos ellos

relacionados de un modo u otro con la izquierda y con el nacionalismo. El lector encontrará alguna reiteración ocasional, en los datos o en los argumentos, que no he querido eliminar por no romper el curso de la argumentación propia de artículo de opinión, autocontenida, que evita dar nada por supuesto, y, también, por lo de éter y el experimento de Michelson-Morley, porque contra la estrategia de repetir el cuento sólo nos queda la de recordar sus trampas: “Son tiempos estos en los que hay que luchar por lo que es evidente”, como se lamentaba Friedrich Dürrenmatt. El breve capítulo final recoge, en travelling vertiginoso, un repaso de nuestra transición y de cómo en ella se coló el McGuffin sin que nadie preguntara cuando tocaba: “pero ¿esto de qué va?” Y así estamos.

...

En contra de una opinión bastante extendida, escribir no es una actividad solitaria. Bueno, quizá lo sea en el caso de los poetas, pero no lo es, o no debería serlo, cuando se trata de los negocios públicos. Alguna ventaja tenía que tener. De modo que los distintos textos se han beneficiado de unas cuantas buenas compañías. Parte del primer capítulo lo discutí en un encuentro de Bakeaz y, allí, mejoró con los comentarios de Martín Alonso, Sara Maza y Josu Ugarte. Antonio Duplá, quién también andaba por allí, me ánimo a escribir un texto sobre el escenario catalán que aquí ha tomado su forma definitiva. Otros dos amigos vascos, Joseba Arregi y José María Ruíz Soroa, compartieron ese y otros encuentros, siempre a cuenta de estos enojosos asuntos y de sus juicios siempre saca uno provecho. Los capítulos dedicados a la lengua se presentaron en un seminario de la Universidad del País Vasco en el que participaron, además de Ruíz Soroa, Belén Altuna, Aurelio Arteta, José Azurmendi, y Manuel Toscano. El primero de ellos, en una temprana versión, fue objeto de la crítica, siempre perspicaz, de Albert Branchadell, a la que intenté responder en el segundo. Ana Esteban leyó y pulió el manuscrito, siempre en la senda de la claridad. En Junio de

2010, en l'Institut Français de Géopolitique de l'Université Paris 8, Barbara Loyer me proporcionó una acogedora ocasión para exponer muchas de las ideas que atraviesan el libro. Esa visita fue un estímulo para volver ese verano y terminar una primera redacción de texto. Cyril Trépier, amigo y doctorando, con una tesis sobre estos asuntos que tengo la suerte de dirigir, me ha proporcionado abundante información que ha contribuido a mejorar mis argumentos. Juan Antonio Cordero ha leído con atención las dos primeras partes y sus apreciaciones, siempre agudas, he tratado de responderlas lo mejor que he podido. El capítulo IV debe mucho a Sevi Rodríguez-Mora, compañero de no pocas fatigas y al que siempre acudo a espantar mis muchas lagunas e inseguridades económicas. A cuenta de la cruz del nacionalismo, con mis buenos amigos Félix de Azúa y Francesc de Carreras hemos compartido discusiones, comidas y risas, en las que uno procura mediar entre el pesimismo del primero y el infatigable optimismo del segundo: la literatura y el constitucionalismo, vamos. Vaya aquí mi agradecimiento a todos ellos. Las mejores ideas que se encuentren en las páginas que siguen son cosas suyas. Las otras, mías.